

JENNY LEE

Anna K.

TODAS LAS ADOLESCENTES
SON IGUALES,
SALVO CUANDO TIENEN
EL CORAZÓN ROTO.



JENNY LEE

ANNA K.

Traducción de Ariadna Molinari Tato

 Planeta

Título original: *Anna K.: A Teenage Tragedy*

© Jenny Lee, 2020

Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

© por la traducción, Ariadna Molinari Tato, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Imagen del interior: © Freepik (Image #7911948 at VectorStock.com)

Canciones del interior:

Página 298: © *Tainted Love*, 1996 MercuryRecords Limited, escrita por Edd Cobb, interpretada y versionada por Soft Cell en 1981.

Página 490: © *It's Quiet Uptown*, 2015 Hamilton Uptown, WEA International Inc., escrita y compuesta por Lin-Manuel Miranda para el musical *Hamilton*.

Páginas 153 y 191: © *Now That We Found Love*, 1991 Warner Chappell Music, Inc., escrita y compuesta por Kenneth Gamble y Leon Huff e interpretada por Heavy D & The Boyz.

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-08-24394-6

Depósito legal: B. 6.361-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Todas las adolescentes felices se parecen, mientras que las infelices lo son cada una a su manera.

Todo el asunto fue un jodido desastre. Lolly descubrió que Steven, su novio, la estaba engañando mientras ella le compraba una nueva correa para su Apple Watch en la *boutique* de Hermès de Madison Avenue. Steven ni siquiera sabía que ella tenía su Apple Watch. Veinte minutos antes había decidido ir a una segunda clase de *spinning* en SoulCycle, pero Lolly le había dado alguna excusa para no acompañarlo. (Su nueva dieta sin gluten no le proporcionaba los carbohidratos suficientes para aguantar una sesión doble de ejercicio sin desmayarse.)

No era mentira y, además, necesitaba una oportunidad como esa y tener acceso a su Apple Watch para llevarlo a la tienda y comprarle una correa nueva, su regalo por su folliversario de dieciocho meses, que era al día siguiente. (A Lolly no le gustaba celebrar su primera cita oficial con un nombre tan vulgar, pero así la llamaba Steven. Ella le seguía la corriente porque lo quería.) Así que, mientras Steven subía una colina imaginaria en el estudio de la calle 83 Este, pedaleando al ritmo constante de *IDGAF*, de Dua Lipa, Lolly estaba a quince manzanas al sur, ante el mostrador de Hermès.

Trataba de decidirse entre la correa de doble vuelta fabricada en el icónico cuero naranja y una opción más masculina en ne-

gro mate. Estaba admirando la correa naranja en su propia muñeca cuando el Apple Watch de Steven vibró y una diminuta fototeta apareció en la pantalla, seguida de la burbuja gris de texto con las palabras:

¿Quieres follar? *emoji de berenjena*

Lolly golpeó la pantalla táctil con suavidad para ver de nuevo la fotografía. Tras confirmar la peor de sus sospechas, se quedó paralizada hasta que su instinto de lucha o huida se activó. Eligió huir, pero al echarse a correr olvidó quitarse la correa naranja de Hermès, y el enorme guardia de seguridad que bloqueaba la puerta la detuvo. Ella, a quien nunca se le había dado demasiado bien contener las lágrimas, comenzó a sollozar de la manera más penosa imaginable, con la mirada fija en sus adoradas deportivas Gucci (las de las serpientes brillantes); Steven se las había regalado la Navidad anterior. Sin saber qué hacer, el guardia rodeó a la chica llorosa con los brazos. Ella apoyó el rostro sobre la chaqueta de poliéster del hombre y susurró:

—Es un error. Tiene que ser un error. Por favor, que sea un estúpido error.

Al final, la atractiva dependienta japonesa ataviada de pies a cabeza con ropa de Hermès que había atendido a Lolly salió de detrás del mostrador para ocuparse de la situación y llevarla a una pequeña sala en la parte trasera de la tienda. La sentó en un sofá y le ofreció agua con gas, que acabó provocándole hipo y haciendo que llorara aún más fuerte. La escena era bastante vergonzosa para todas las partes involucradas. Kimiko, que hacía diez años que trabajaba en Hermès, no ignoraba las desenfrenadas infidelidades de los habitantes más ricos de la ciudad, muchos de los cuales eran clientes suyos, pero hubo algo al presenciar la pérdida de inocencia de aquella chica de diecisiete años que la conmovió de verdad.

Ya sin hipo, Lolly le preguntó a Kimiko si creía que debía leer el resto de los mensajes de su novio o no.

—Es mejor que descubras ahora la gravedad de la situación, mientras estás acompañada —respondió ella con dulzura.

Unos instantes más tarde, las dos observaban embobadas la naturaleza escandalosamente gráfica de la relación del novio de Lolly con aquel misterioso «Brad». Steven había guardado el contacto con un nombre falso, pero era imposible que «Brad» fuera un hombre, teniendo en cuenta la plétora de partes de la anatomía femenina que aparecían en las fotos recibidas en las últimas semanas. Incluso había un vídeo borroso grabado bajo una falda que provocó que ambas hicieran muecas y gruñeran al unísono.

Para darle las gracias a Kimiko por su amabilidad, Lolly compró una hebilla de cinturón del modelo Iris de Hermès y un cinturón reversible en azul zafiro y azul Brighton, y quince minutos después salía de la tienda. Un Uber la llevó directamente hasta el enorme ático de cuatro habitaciones de los padres de Steven (que se habían marchado a Aspen a esquiar), en el número 15 de Central Park West, donde esperaba a que volviera el cerdo de su novio. Con el pretexto de llevar un regalo sorpresa para Steven, le dio cien dólares a Gustavo, el portero, a cambio de que no le contara a su novio que estaba arriba; como prueba, le mostró la bolsa naranja de Hermès. El portero aceptó el dinero, pero sin duda advirtió al chico, porque este apareció a los diez minutos con un ramo de rosas en las manos, aún sudorosas.

—Lolly, cariño. ¿Qué pasa? —alcanzó a murmurar antes de que el jarrón Tourbillons ámbar de Lalique, el favorito de su madre, pasara zumbando junto a su cabeza y se estrellara contra el suelo de mármol del vestíbulo. Impactado, miró fijamente a su novia, en general más bien tranquila y contenida, pero que ahora le gritaba.

—Dime una cosa, Steven... —empezó con ferocidad—. ¿Cuándo es tu folliversario con «Brad»?

Lolly exhibió el Apple Watch como evidencia digital. Nada

más verlo, Steven tuvo claro que lo habían pillado. Su confusión momentánea se transformó entonces en una tímida vergüenza, y activó el modo de autodenigración al máximo. Intentó aproximarse a Lolly, pero ella se alejó.

—¡No te acerques! Eres... Eres... ¡un cerdo asqueroso! ¡He visto todas las fotos obscenas y repugnantes que te ha estado enviando la puta de «Brad» para que le hicieras caso! —gritó.

Al oír la palabra *fotos*, el último desnudo que había visto en el móvil después de *spinning* cruzó la mente de Steven y, por un instante, una sonrisita lasciva se dibujó en su rostro. A fin de cuentas, no era más que un chico de dieciocho años.

Por desgracia, Lolly se percató de su sonrisa.

El rugido que profirió a continuación fue más animal que humano y, al pasar junto a él tras salir corriendo, casi lo tiró al suelo. Como no podía ir a ningún otro lugar que no fuera el final del pasillo, abrió la puerta del dormitorio principal, entró y cerró dando un portazo. Puso el pestillo y se dirigió al vestidor de la madre de Steven. Se dejó caer bocabajo en la *chaise longue* de terciopelo rojo que estaba en el centro y empezó a llorar más fuerte de lo que había llorado en toda su vida.

Steven intentó hablar con ella a través de la puerta, pero solo recibió por respuesta el ocasional estruendo de los objetos que esta lanzaba contra la puerta. Una hora más tarde, mientras veía *SportsCenter* en el salón y se comía el tercer Hot Pockets de pepperoni, le llegó un mensaje de su amigo Kaedon.

Tío, ¡¡¡¿le has comprado un abrigo
de piel a tu novia?!!!

Steven apagó el televisor y descubrió que Lolly lo había bloqueado y eliminado en todas sus redes sociales. (¡Hasta ahí había llegado su racha de 453 días en Snapchat!) Le respondió a Kaedon:

¿Pantallazo?

Al cabo de unos segundos, recibió un selfi de Lolly, probablemente desnuda, con uno de los abrigos de piel de su madre. Al ser bastante más menuda que ella, tenía una pinta ridícula bajo ese abrigo de marta cibelina rusa, con los ojos desquiciados y enmarcados por el rímel. Parecía una mapache rabiosa... que acaba de enterarse de que su novio la engaña y está furiosa. Negó con la cabeza, consciente de que resolver aquella situación era algo que escapaba a sus capacidades, y le envió un montón de mensajes a su hermana Anna, que estaba en Greenwich, Connecticut, para decirle que necesitaba con urgencia su ayuda en persona. Era menor que él, pero mucho más sabia, sobre todo cuando se trataba de relaciones y de las complejas emociones que estas llevaban consigo.

Diez minutos después, Anna le anunciaba por mensaje que llegaría a la estación Grand Central a las 20.55. Antes de que pudiera responderle que pidiera un coche, Steven recibió dos mensajes más en los que su hermana le explicaba que la nevada más reciente estaba entorpeciendo el tráfico y que, según Google Maps, en ese momento la mejor manera de ir hasta Manhattan era el tren. En su último mensaje, Anna le decía que esperaba que fuera a la estación a recogerla, para escuchar cuanto antes su versión de «112, ¡emergencia de novia!». Steven se limitó a contestar con un «OK», pues no existía un solo emoji que lograra expresar lo jodido que estaba.

Después de jugar al *Sombras de guerra* para despejar la mente y dar unos sorbos al whisky Glenmorangie Pride de 1974 de su padre para calmar los nervios, Steven intentó hablar con Lolly a través de la puerta otra vez. Al cabo de unos instantes, obtuvo al fin un indicio del estado mental de su novia, pero no era bueno. Lolly deslizó por debajo de la puerta la tira de fotos que se habían sacado en la cabina del bat mitzvá de su hermana Kimmie un año y medio antes. Antaño (¡hacía unas cuatro horas!), esa fotografía era la posesión más preciada de Lolly, y siempre la llevaba consigo en su bolso Louis Vuitton.

Steven se encontraba con frecuencia a su novia contemplando aquellas imágenes, aunque la situación a la que debía enfrentarse ahora era muy distinta. En cada una de las cuatro fotos, Lolly le había perforado los ojos y le había dibujado unos penes diminutos en la frente.

—Lolly, cariño, no significó nada. Es a ti a quien quiero. Te lo juro. —Al decirlo en voz alta, se dio cuenta de que era cierto.

Cuando Steven tenía catorce años, su padre lo pilló mientras Jenna H. le practicaba sexo oral, una noche en que los padres de ella habían ido a cenar a su casa. El padre de Steven echó a la humillada chica de la habitación y sentó a su hijo para dejarle claras dos cosas. La primera: tenía que esconderse mejor si no quería que lo descubrieran. La segunda y más importante: debía

aprender cuál era la diferencia entre que le encantara el sexo con chicas y que le encantara la chica con la que se acostaba.

Como estaba confundido acerca de qué decir y sabía que Lolly adoraba a su hermana (igual que hacían todas las chicas nada más conocerla), Steven anunció que Anna iba de camino a la ciudad, con la esperanza de que su novia lo interpretara como una señal de que él no estaba dispuesto a rendirse. Pero, de nuevo, no recibió más que un silencio por respuesta. Sin embargo, lo que sí recibió fue un mensaje del portero en el que lo avisaba de que Dustin L. estaba subiendo a su casa. Steven suspiró, molesto consigo mismo por no haber anulado las clases particulares que daban tres veces por semana. Se levantó del suelo del pasillo y se dirigió hacia la puerta.

Consideró contarle a Dustin el dilema en el que estaba inmerso, pues él era uno de los chicos más inteligentes que conocía, pero acabó concluyendo que era imposible que se pusiera de su lado. Dustin era, técnicamente, uno de los amigos más antiguos de Steven: sus respectivas madres se habían apuntado a las mismas clases de música para padres e hijos, así que de pequeños solían jugar juntos todos los martes y jueves, y fueron «mejores amigos» desde que eran bebés hasta que cumplieron los cinco años. Pero los padres de Dustin se divorciaron y lo enviaron a un colegio público, mientras que Steven asistía a uno privado, lo que conllevó que durante años frecuentaran círculos sociales distintos, y no habían retomado el contacto hasta hacía poco tiempo, cuando Dustin se había convertido en el profesor particular de Steven.

Por entonces Dustin estaba en segundo de bachillerato, a punto de graduarse con honores en el Stuyvesant en junio, y en cambio Steven repetía ese mismo curso en el Collegiate. Steven había estudiado toda la primaria en el Collegiate, hasta que lo expulsaron en quinto por bajarle los pantalones a uno de sus compañeros en la clase de Educación Física. Más tarde, lo expulsaron del Xavier en primero de ESO por llevar marihuana, y

del Riverdale en tercero por pelearse. Después asistió al Horace Mann durante algunos semestres, y ahora había vuelto al Collegiate, donde lo vigilaban de cerca.

Steven le debía a su madre su readmisión, para la que se había tenido que cobrar varios favores. Además, como uno de los requisitos del periodo de prueba académico era mantener una nota media alta, contrató a una serie de profesores particulares carísimos que siempre abandonaban pasada una semana, alegando la actitud mediocre de Steven (es decir, todos los tacos que soltaba) y su aún peor ética de trabajo. Desesperada, al final a la madre de Steven se le ocurrió la brillante idea de llamar a la de Dustin para preguntarle si su hijo, de cuyos impresionantes logros académicos alardeaba constantemente en Facebook, estaría dispuesto a estudiar con Steven y hacerle de profesor particular. Ella sabía que, aunque su hijo tenía muy poco respeto por la autoridad de los adultos, ansiaba la aprobación de los chicos de su edad.

Cuando la madre de Dustin se lo planteó a su hijo en octubre, este se opuso con terquedad. Argumentó que Steven y él solo eran «amigos» porque ambas madres se habían conocido por casualidad y que, sin lugar a dudas, no podrían haber vivido infancias más dispares.

—¡No tenemos nada en común! —gimoteó Dustin—. ¿De qué vamos a hablar?

—De lo que te pagan para que hables: deberes —respondió su madre con tranquilidad.

Dustin suspiró profundamente y puso los ojos en blanco. Steven era un chico guapo, rico y fiestero que pertenecía al más alto círculo social de Manhattan, mientras que él no era ninguna de esas cosas. Era adoptado y no sabía nada sobre sus padres biológicos. Bueno, sabía que ella había sido madre adolescente y había dejado una nota en la que decía que el bebé debía quedarse con Tamar L., «la amable trabajadora social, inteligente y atenta», ya que ella misma solo era una niña que vivía en un

«hogar de mierda» con su «desastrosa madre». Quería que su hijo tuviera una vida mejor, y por eso sabía que debía entregarlo.

Y así, un viernes por la noche, de camino a la sinagoga para su primer servicio de *sabbat* en mucho tiempo, Tamar recibió una llamada de una trabajadora social del hospital que le dijo que tenía una hora para decidir si quería ser la madre de un recién nacido de dos días. Ella lo interpretó como una prueba para su descuidada devoción, de modo que se inclinó hacia el asiento delantero del taxi y le dio al conductor la dirección del hospital Saint Luke, en la calle 122. Cuando le contó a su marido sus intenciones y la epifanía que había experimentado en el taxi, el futuro padre adoptivo de Dustin no lo dudó un instante (a pesar de que ya tenían un niño de tres años) antes de exclamar: «¡Cuenta conmigo!». Y Tamar tuvo la seguridad de haberse casado con el hombre correcto. Dieciocho años después, la madre de Dustin aún explicaba esta historia, pero con la advertencia de que, mientras que adoptar a su hijo fue un acierto, a la hora de juzgar a su actual exmarido se había apresurado un poco.

Cuando creció, Dustin se convirtió en un chico callado y serio, y sus padres adoptivos no se cansaban de bromear con sus amigos sobre que sus propios genes jamás habrían podido crear a alguien tan inteligente. Él, que ya estaba acostumbrado, respondía que no le cabía duda de que sus padres biológicos jamás podrían haber hecho de él un judío tan bueno. (Hacía poco, con la nueva oleada de popularidad del rapero Drake, sus amigos habían empezado a considerar que la combinación de ser un afroamericano criado como judío era «guay» en vez de «rara».) Lo que la gente no sabía era que Dustin tenía tendencia a sufrir ataques de pánico e iba a terapia desde los diez años para combatir su ansiedad; por esa razón, la idea de ser el profesor particular de alguien tan desorbitadamente rico como Steven le provocaba un nudo en el estómago.

—¡Ni hablar! ¡No puedo, mamá! —exclamó Dustin—. Steven es la personificación del uno por ciento más rico de la socie-

dad, y ayudarlo sería como pasarme al lado oscuro. Y yo no soy ningún Kylo Ren.

La madre de Dustin, que era una mujer pragmática, le explicó con calma que le estaba dando una importancia excesiva al asunto.

—Eres demasiado sensible, Dusty —lo reprendió—. Esto no es *Star Wars*. Es la vida real, y no es justo que descartes a Steven solo por haber nacido en una cuna privilegiada. Nadie dice que tenga que convertirse en tu mejor amigo. Se trata de un trabajo en el que vas a proporcionarle un servicio a alguien que lo necesita y que te pagará bien por ello. Ganarás más en los siguientes ocho meses de lo que yo gano en un año.

La tarifa estándar para un profesor particular en Manhattan alcanzaba con facilidad los doscientos dólares la hora y, por supuesto, la madre de Steven ofrecía aún más, lo que significaba que Dustin se embolsaría más de dos mil dólares a la semana, además de un bono de diez mil si Steven terminaba el año con una nota media superior a un 8,5.

—¿No ves que es una locura? —respondió Dustin—. Tú eres una profesional autorizada que se dedica a ayudar a quienes menos tienen, a quienes de verdad necesitan ayuda. Y eres tú la que siempre dice que los trabajadores sociales y los profesores de la escuela pública se dedican a las profesiones más nobles y que, sin embargo, son menospreciadas de forma escandalosa. ¿Cómo puedes aconsejarme en serio que haga esto?

—¡No te pongas tan melodramático! El año que viene irás a la universidad, y esas clases te evitarán tener que buscarte un trabajo horrible de media jornada para ganarte el pan. Así es como yo lo veo, y tú deberías verlo igual.

A Dustin le parecía que la perspectiva de su madre era simplista y miope, pero, cuando intentó comunicárselo, ella se negó a seguir discutiendo con él y le sugirió hablarlo con alguien más antes de rechazar aquella oportunidad.

Dustin decidió zanjar el asunto con rapidez y acudió a con-

sultar a la máxima autoridad: la rabina de su sinagoga. Para su sorpresa, la rabina Kennison coincidía con su madre, y puso como ejemplo haber trabajado ella misma en un McDonald's durante su época de instituto.

—Les preguntaba a todos los clientes si querían un menú más grande. ¿Me hace eso responsable del problema de obesidad que sufre Estados Unidos? —apuntó. Antes de que Dustin pudiera contestar, la rabina añadió que él estaría cumpliendo un mitzvá al usar el don de la inteligencia que Dios le había concedido para ayudar a otra persona—. ¿Y si, cuando sea mayor, Steven llega a ser senador porque lo ayudaste con sus estudios?

Dustin se habría burlado de la idea de que aquel niño que una vez, cuando tenían cuatro años, se había comido un escarabajo por un desafío pudiera convertirse en senador algún día, pero se detuvo al recordar que el presidente del país había sido estrella en un *reality* y engañado a su esposa embarazada con una estrella porno. En su lugar, le dio las gracias a la rabina por los consejos, y acto seguido llamó al doctor N. para solicitar una sesión de terapia de emergencia. Después de cincuenta minutos de terapia, Dustin seguía sin saber qué decisión tomar, y finalmente concluyó que todos los adolescentes, tanto los ricos como los pobres, disponían de la misma capacidad para hacer el bien o el mal, y que el mejor modo de combatir el mal era la educación... O sea, siempre que no hubiera una espada láser a mano. (Al término de la sesión, el doctor N. dejó caer que, si Dustin rechazaba el trabajo, quizá podría recomendar a su sobrino, un pobre estudiante de Derecho en Fordham. A Dustin, esta sugerencia le resultó bastante cuestionable desde el punto de vista ético.) Tras una semana mordiéndose las uñas, aceptó el trabajo, pero le advirtió a su madre que lo abandonaría en cuanto sintiera el más mínimo pinchazo de conflicto interno.

Pasado el primer mes, Dustin descubrió que las nueve horas semanales de clase que impartía a Steven no eran la batalla aristotélica entre el bien y el mal que había temido (ni tampoco bí-

blica, shakespeariana, filosófica, ni siquiera georgelucasiana), sino más bien algo divertido. Su amigo de la infancia no era tan presuntuoso ni arrogante como él había supuesto. Aunque había crecido, seguía pareciéndose bastante a cuando era niño: un chico carismático, con sentido del humor y que disfrutaba de tener juguetes caros y compartirlos con sus amigos (y que, probablemente, aún se comería un escarabajo si lo retaran a ello).

El segundo mes, Dustin había empezado a disfrutar del tiempo que pasaba con Steven, aunque nunca lo admitiría frente a su madre. Más de una vez le ocurrió que, durante el fin de semana, ansiaba que llegara la sesión de estudio del lunes, cuando sin duda Steven lo agasajaría con alguna descabellada historia de su sábado de «cam-pe-o-na-to». Los dos chicos habían tenido experiencias diametralmente opuestas en el instituto: las de Steven estaban relacionadas con drogas, discotecas y tías buenas, mientras que las de Dustin, en su mayoría, tenían que ver con cafeterías, grupos de estudio y chicas inteligentes que siempre siempre lo mandaban a la *friendzone*.

Para cuando terminó el semestre de otoño, Dustin había logrado poner a Steven en forma académica: le vio hacer unos exámenes finales excelentes (y sin trampa), y se sentía más orgulloso del 8,6 de Steven que de su propio 9,5 (aunque, con sus cursos universitarios avanzados, en realidad su nota media era algo más alta). Los dos chicos celebraron sus respectivas victorias con una abundante cena a base de solomillo en el Peter Luger de Brooklyn, y cuando Steven brindó a la salud de Dustin por haber conseguido lo imposible (el padre de Steven le había confesado que, por primera vez en la vida, estaba orgulloso de su hijo), Dustin se dio cuenta de que iba a echar de menos a su alumno durante el largo mes de vacaciones de Navidad. El hecho de haber estado tan equivocado sobre su viejo amigo no le molestaba; al contrario, lo llenaba de alegría. A menudo, creerse superior a sus compañeros lo hacía sentirse muy solo, pero aquella noche, ante aquel festín digno de un rey, compartió una

conexión profunda con alguien de su edad, y esa experiencia le gustó mucho.

Fue entonces cuando Steven lo invitó a su fiesta anual de Nochevieja, lo cual, aunque Dustin todavía lo ignoraba, cambiaría para siempre el rumbo de su vida. No era su alma lo que estaba en juego al haberse encontrado con Steven, sino su corazón: la novia de Steven, Lolly, tenía una hermana menor, Kimmie, que pronto se convertiría en la nueva obsesión de Dustin, y quizá también en su gran amor.